

Los Condicionantes para el Uso de la Fuerza Militar

Comandante José Luis Calvo Albero, Ejército Español

Tomado de la revista *Ejército*, número 724, Junio de 2001

HABLAR hoy en día del uso de la fuerza militar, levanta inmediatas suspicacias en cualquier sociedad occidental, especialmente en las europeas, fundamentalmente pacíficas y muy impresionables ante cualquier uso institucional de la violencia. En ellas se ha consolidado la opinión de que nuestra civilización ha llegado a un estado definitivo y sin retorno, en el que el recurso a la fuerza armada sólo es un bárbaro vestigio del pasado. Pero ningún argumento lógico parece avalar esta tesis, puesto que tal recurso continúa siendo necesario periódicamente de forma activa, y continuamente en forma de disuasión. Viendo además la desigualdad, el caos y la frustración entre los que vive hoy en día gran parte de la población mundial, las épocas de crisis y conflicto no sólo aparecen como posibles sino como inevitables.

Pero esta extremada sensibilidad ante el uso de la fuerza militar ha tenido una lógica influencia sobre la forma en que los ejércitos occidentales deben plantear sus actuaciones. En sociedades democráticas, el no contar con el apoyo de la opinión pública es motivo suficiente para el fracaso en cualquier conflicto. De la misma forma, los avances de la revolución de la información en la que estamos inmersos, han cambiado sensiblemente el modo de actuar tanto de las fuerzas occidentales como de sus potenciales adversarios.

Motivación y Tecnología

La forma de emplear la fuerza militar ha dependido siempre de dos variables fundamentales: una tiene carácter psicológico y social, y podemos denominarla motivación, la otra resulta más tangible y la conocemos como tecnología.

La motivación mide la predisposición a aceptar la posibilidad de un conflicto armado como solución a un problema de seguridad. Hay sociedades que se sienten

muy amenazadas y consideran la seguridad y la defensa como la primera de sus prioridades. El ejemplo de Israel resulta ya un clásico. A veces, ese sentimiento de amenaza se convierte en agresividad y no sólo se ve como fundamental la defensa, sino también el ataque contra los potenciales enemigos, como le ocurrió a Alemania en los años 30. En todo caso la motivación es más bien propia de sociedades sometidas a graves tensiones, cuyas causas pueden ser la pobreza, la opresión, la frustración o una amenaza de tal calibre que ponga en peligro la propia supervivencia.

La motivación se relaciona muy estrechamente con la capacidad de sufrimiento, la cantidad de daño que una sociedad puede soportar en un enfrentamiento armado. Cuando en un conflicto se tiene mucho que ganar y poco que perder, la capacidad de sufrimiento es máxima. Un ejemplo muy actual lo tenemos entre los jóvenes palestinos de los territorios ocupados por Israel, para los que resulta más atractivo salir todos los días a jugarse la vida frente a los soldados israelíes, o incluso inmolarse en una acción suicida y convertirse en mártires, antes que afrontar una vida sin esperanza en míseros y superpoblados suburbios.

En las sociedades prósperas, la motivación y la capacidad de sufrimiento decaen inevitablemente. La sensación de seguridad y las expectativas de una vida larga y con múltiples posibilidades, no invitan a jugárselo todo en un conflicto. No obstante, puede darse una motivación más utilitaria si la sociedad comprende que la protección de esa prosperidad es muy importante, pese a que no haya muchos individuos dispuestos a participar activamente en ella. El ejemplo clásico es el de Gran Bretaña, donde nunca hubo un excesivo entusiasmo por enrolarse en el Ejército ni en la Armada, pero siempre se consideró necesaria su existencia y se apoyó su actuación.

Esta actitud conduce a la creación de un modelo de



Fotos: Ejército Español

La motivación se relaciona muy estrechamente con la capacidad de sufrimiento, la cantidad de daño que una sociedad puede soportar en un enfrentamiento armado. . . Un ejemplo muy actual lo tenemos entre los jóvenes palestinos de los territorios ocupados por Israel, para los que resulta más atractivo salir todos los días a jugarse la vida frente a los soldados israelíes, o incluso inmolarse en una acción suicida y convertirse en mártires, antes que afrontar una vida sin esperanza en míseros y superpoblados suburbios.

defensa basado en ejércitos reducidos y profesionales, que actúan normalmente fuera del territorio nacional y que rara vez se empeñan en acciones excesivamente arriesgadas, ya que resultaría muy difícil sustituir un número elevado de bajas y, sobre todo, justificarlas ante

sus respectivas sociedades. En este modelo se encuentran actualmente la mayor parte de los estados de Occidente, aunque las diferencias son todavía notables según sea la tradición militar y la conciencia de defensa existente en cada sociedad.

Aunque este modelo pueda parecer deficiente para una verdadera defensa, no lo es tanto, siempre y cuando vaya acompañado por la suficiente habilidad. Esto implica que la utilización de la fuerza militar debe hacerse siempre en perfecta coordinación con la diplomacia y la presión económica y cultural, obteniendo el máximo rendimiento al emplearla en los lugares y momentos adecuados, sin dejarse empeñar en objetivos secundarios, situaciones confusas o conflictos interminables. También es necesario que las fuerzas suplan su habitualmente reducido tamaño con una perfecta organización y adiestramiento y, sobre todo, con la posesión de una superior tecnología, lo que nos lleva a contemplar la segunda de las variables clásicas para el uso de la fuerza militar.

La tecnología supone uno de los factores principales para la evolución del arte militar, quizás, incluso, el factor decisivo. Tradicionalmente, los avances tecnológicos se manifestaban en la aparición de armas capaces de batir al enemigo a mayor distancia y con mejor precisión y efectos. Esto se ha mantenido sin variación hasta nuestros días, pero en los últimos 150 años la tecnología ha proporcionado también avances en otros aspectos tácticos y estratégicos: por ejemplo, en la movilidad, lo que ha provocado una dramática aceleración del ritmo de los combates; también en cuanto al mando y control, permitiendo la transmisión instantánea de informaciones y órdenes; o en la inteligencia, con la posibilidad de conocer en tiempo real cualquier actividad del enemigo.

En nuestros días, la influencia de los avances tecnológicos surgidos tras la denominada tercera revolución industrial o revolución de la información, ha provocado lo que la mayoría de los teóricos han venido en llamar revolución en los asuntos militares (RMA). Las consecuencias de esta revolución son notables ya que vienen a solventar dos problemas clásicos para todo jefe militar: conocer la situación, entidad e intenciones del enemigo y actuar sobre él con precisión y oportunidad. Hoy en día, una red de satélites, aviones de reconocimiento con y sin tripulación, sensores y radares pueden proporcionar una información completa y constante sobre las fuerzas enemigas. Otros avances como los sistemas de posicionamiento global permiten conocer en cada momento la situación de las fuerzas propias, lo que a veces resultaba un enigma igualmente inescrutable. Las telecomunicaciones y las redes informáticas transmiten toda esa información en tiempo real y la integran en una visión completa del teatro de operaciones. Con esos datos, el mando está en condiciones de tomar decisiones rápidas y bien fundamentadas que se difundirán de forma inme-



diata a las unidades subordinadas, junto con gran parte de la información de la que él mismo dispone. Estas, a su vez, podrán ajustar su organización y su carga logística a las exigencias de la misión, moviéndose rápidamente por el mejor itinerario y situándose en la mejor posición para enfrentarse al enemigo. Por último, las armas de precisión permitirán batir a distancia los elementos más vitales de las fuerzas enemigas, provocando la paralización de todo el ejército adversario sin apenas llegar al contacto con él.

Aunque todo esto suene a folleto de propaganda de una empresa de tecnología militar, lo cierto es que puede suceder así, como se comprobó en la Guerra del Golfo. La RMA nos lleva a un campo de batalla en el que la capacidad para obtener, gestionar y explotar la información se convierte en el elemento decisivo. Y la ventaja sobre un adversario que no esté a la altura tecnológica, puede ser tan abismal como la que separaba en el siglo pasado a un ejército europeo de una horda de guerreros africanos.

Pero en el arte de la guerra no cabe esperar milagros y la tecnología también tiene sus limitaciones. Lo fundamental es que, si se tiene en cuenta el principio de acción y reacción, típico de todo enfrentamiento bélico, los ejércitos occidentales no tardarán en encontrarse con adversarios preparados para enfrentarse con su superioridad tecnológica. Una forma de lograrlo será adquiriendo un equipamiento técnico similar, al menos en algunos aspectos; camino costoso pero posible, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los equipos electrónicos, informáticos y de telecomunicaciones propios de la RMA pueden adquirirse libremente en el mercado.

Otra posibilidad es recurrir a una estrategia asimétrica, planteando un conflicto en el que las ventajas tecnológicas pierdan importancia y se aprovechen al máximo las debilidades de las sociedades occidentales: enemigos que se diluyen entre la población civil, conflictos que se

La ventaja sobre un adversario que no esté a la altura tecnológica, puede ser tan abismal como la que separaba en el siglo pasado a un ejército europeo de una horda de guerreros africanos. Pero en el arte de la guerra no cabe esperar milagros y la tecnología también tiene sus limitaciones.

eternizan, terrorismo, movilizaciones populares, goteo de bajas, muertes de civiles convenientemente explotadas por los medios de comunicación, etcétera. Por último, la medida más radical sería la de aquellos estados que pretenden dotarse con armas de destrucción masiva y con los vectores necesarios para alcanzar el territorio de los países occidentales, sabiendo que la mera posibilidad de que estas armas se lleguen a utilizar, constituirá una disuasión suficiente para evitar cualquier intervención contra ellos.

En definitiva, los ejércitos occidentales tratan de compensar sus problemas de motivación con su superioridad tecnológica, pero sus oponentes trabajarán sin duda para buscar los puntos débiles de todo el sistema. Todo ello



En gran parte del Tercer Mundo se está produciendo una situación potencialmente explosiva, al sufrir una fuerte crisis muchos de los estados surgidos tras la descolonización. El problema es que para estos pueblos, el concepto occidental de estado fue muchas veces una imposición colonial sin raigambre cultural propia. La acumulación de problemas como el subdesarrollo, la explosión demográfica, los enfrentamientos étnicos y religiosos o las catástrofes naturales están haciendo que esas estructuras estatales se debiliten.

dará lugar a cambios importantes en el planteamiento de las operaciones militares.

Proyecciones de Futuro

La estrategia de las naciones de Occidente y de la OTAN como representante de una gran parte de ellas, ya no se orienta a la defensa de sus territorios, para los que no se perciben amenazas a medio plazo, sino al mantenimiento de cinturones de estabilidad que eviten que las consecuencias de los conflictos exteriores lleguen hasta

sus fronteras. Viendo la situación internacional, parece una estrategia realista. En gran parte del Tercer Mundo se está produciendo una situación potencialmente explosiva, al sufrir una fuerte crisis muchos de los estados surgidos tras la descolonización. El problema es que para estos pueblos, el concepto occidental de estado fue muchas veces una imposición colonial sin raigambre cultural propia. La acumulación de problemas como el subdesarrollo, la explosión demográfica, los enfrentamientos étnicos y religiosos o las catástrofes naturales están haciendo que esas estructuras estatales se debiliten. Hoy podemos encontrar estados incapaces de garantizar la seguridad de sus ciudadanos, que incluso han perdido el control de una parte de su territorio y que, en algunos casos, parecen a punto de desintegrarse. Debajo de los estados surge una mezcla de organizaciones ancestrales como clanes familiares, tribus, movimientos religiosos o simples grupos organizados de delincuentes que no auguran un futuro pacífico.

En estas condiciones, una mezcla de operaciones en apoyo de la paz y conflictos asimétricos continuará siendo el escenario más frecuente de actuación. Como apunta el comandante Ignacio Fuente en el artículo anterior, las operaciones en apoyo de la paz se encuentran en una grave crisis y, probablemente, sus condiciones futuras cambiarán, realizándose fundamentalmente a través de

organizaciones regionales de defensa y adquiriendo un carácter más agresivo. En estos escenarios las fuerzas occidentales se van a encontrar con un grave problema: la necesidad de controlar perfectamente el terreno y la población requiere un gran número de efectivos, de los que cada vez hay menos disponibilidad. Una de las soluciones, por la que ya parece que se inclinan los norteamericanos en su actual revisión estratégica, es trasladar gran parte del peso de estas operaciones a estados aliados en la zona de actuación. Estos estados, interesados directamente en la estabilidad de sus fronteras, proporcionarían la mayor parte de las fuerzas terrestres, mientras que las fuerzas occidentales proporcionarían la superioridad aeronaval y el suplemento terrestre decisivo, pequeño pero dotado de una avanzada tecnología. Parece una idea razonable aunque recuerda de forma preocupante a la estrategia romana a partir del siglo III, cuando las menguadas legiones disponibles eran incapaces de proteger las fronteras del Imperio, y fue necesario recurrir a la asociación con pueblos bárbaros limítrofes (los *foederati*) para garantizar su integridad. Quizás la historia no se repita nunca, pero hay situaciones que se parecen bastante.

En cuanto a los escenarios de conflicto convencional entre estados podrían renacer si se llega a configurar un mundo multipolar, con varias potencias emergentes que reclamen sus respectivas zonas de influencia. Hoy en día pueden vislumbrarse varias: China, Rusia, India, Europa (si alguna vez se decide a unirse realmente), tal vez Japón y, en un nivel más regional, Irán, Australia, Sudáfrica, Brasil y quizás Nigeria. El ajuste de las zonas de influencia entre todas ellas acarreará tensiones, aunque las posibilidades de conflicto abierto no son muy altas ya que muchas de las potencias emergentes disponen ya, o dispondrán en breve, de armas nucleares. No obstante, la existencia de fuerzas convencionales potentes se hará necesaria para completar el juego de la disuasión, al resultar las armas nucleares prácticamente inútiles en conflictos limitados y periféricos.

Precisamente este problema de la proliferación nuclear va a traer importantes consecuencias en cuanto a la organización y actuación de los ejércitos. Concretamente en Estados Unidos, los programas de defensa anti misiles y las fuerzas espaciales se van a comer, en los próximos años, una gran parte de los presupuestos de defensa, lo que tendrá como inevitable consecuencia la reducción de las fuerzas convencionales, especialmente del Ejército de Tierra, tradicional pariente pobre de las FF.AA. estadounidenses. En este sentido, cabe preguntarse si los proyectos de reducción y aligeramiento de las fuerzas convencionales en

Estados Unidos, tienen un origen más presupuestario que estrictamente operativo.

En Europa, los problemas presupuestarios serán también agudos. La Unión Europea se enfrenta a una ampliación al este que exigirá un enorme esfuerzo económico, al tiempo que el declive demográfico disparará los gastos sociales y disminuirá dramáticamente la población activa en las próximas décadas. En estas circunstancias, la posibilidad de aumentar significativamente los gastos de defensa será muy remota. Aun así, los recursos actuales podrían ser suficientes si se consigue una adecuada racionalización. Los actuales 15 miembros de la UE emplean más de 150.000 millones de dólares anuales en defensa (el segundo presupuesto militar del mundo tras EE.UU.). Pero este enorme gasto se queda en casi nada al repartirse entre 15 ejércitos diferentes. El camino de la integración militar es la única salida posible, pero hay que dejar claro que integración no significa multinacionalidad, entendida ésta como la actuación combinada de fuerzas que siguen teniendo un carácter nacional y una dependencia fundamental de sus gobiernos respectivos. Las fuerzas multinacionales plantean graves problemas; el mayor de los cuales suele ser que los contingentes atienden mucho más a sus autoridades nacionales que al jefe de la operación, lo que en la práctica suele traducirse en inoperancia. Las alianzas sólo funcionan bien cuando uno de los miembros asume el liderazgo y proporciona la mayor parte de los medios, o cuando las fuerzas nacionales se encuentran perfectamente integradas bajo un mando supremo indiscutido y una dirección política clara y unitaria. La única esperanza para que Europa pueda llegar a ser en el futuro una potencia militar que tener en cuenta, es la integración total de sus ejércitos; pero ésta será imposible sin una unidad política previa que, todavía hoy, provoca fuertes suspicacias nacionales.

Conclusión

En estas circunstancias, la utilización de la fuerza militar en las próximas décadas se presenta compleja en el mundo occidental. Los generales del futuro deberán afrontar operaciones con fuerzas reducidas, de alto costo y muy difíciles de reemplazar. Esas operaciones deberán ser decisivas en poco tiempo, con pocas bajas y un mínimo de daños colaterales. Todo ello en escenarios en los que será muy difícil identificar al enemigo, trabajando bajo la presión de la opinión pública y de los medios de comunicación, y con un fuerte control político sobre la mínima acción a emprender. Dirigir una operación en esas condiciones, se asemejará mucho a un ejercicio de malabarismo, pero podría resultar un consuelo recordar que la dirección de la guerra nunca fue asunto fácil.**MR**

El Comandante José Luis Calvo Albero, Ejército Español, es Oficial del Arma de Infantería y Diplomado de Estado Mayor. Él es Profesor del Departamento de Estrategia y Organización en la Escuela de Guerra del Ejército.